

Rincón para que se le incorporara con su fuerza. Verificada la reunión se movió al día siguiente Antillón sobre Silao, en busca de Licéaga; mas éste, á su vez, esquivó el combate y retrocedió á Guanajuato, donde forzado á batirse fué completamente derrotado, ocupando la ciudad el General Antillón, en la que encontró abundantes elementos de guerra.

Licéaga se retiró á Querétaro con la poca tropa que pudo salvar, y este hecho de armas fué en extremo perjudicial para Castillo, que se vió privado de los recursos que debían enviársele de la ciudad de Guanajuato.

El General Escobedo que se encontraba en San Luis Potosí, al saber el movimiento de Miramón, hizo salir anticipadamente, rumbo á Zacatecas, al General Treviño, en Jefe de la primera división, con 2,500 hombres de las tres armas, á fin de apoyar al Presidente y sus Ministros que habían llegado allí el 22, con el objeto de establecer el Gobierno; y al mismo tiempo mandó situar en Mezquitic una sección del Cuartel General, compuesta de 1,000 hombres, á las órdenes del jefe Don Francisco Arce; mas luego que tuvo conocimiento del desastre de Zacatecas, reunió las fuerzas dichas, y á marchas forzadas se dirigió hacia la referida ciudad, para evitar que el enemigo se proporcionara recursos de hombres y dinero.

Miramón, entonces, abandonó Zacatecas el 31, con el propósito de unirse á Castillo; pero Escobedo conocedor del terreno y obrando con una previsión y energía admirables, impidió la realización de ese proyecto, saliendo al encuentro de Miramón, al que tuvo á la vista el 1º de Febrero, y quien trató de batirse en retirada hasta llegar á un punto ventajoso en que pudiera librar el combate; pero habiendo Escobedo comprendido el pensamiento del enemigo, y no dándole tiempo para nada, lo atacó con tanta decisión y brío, entre el punto llamado San Francisco de los Adames y el rancho del Cuisillo, inmediato á la Hacienda de San Jacinto, con cuyo nombre se señaló la batalla, que apenas pudo disparar algunos cañonazos y emprender la huída, pues que atacado por el frente y envueltos sus flancos y retaguardia su derrota fué completa.

El jefe imperialista perdió sus armas, municiones, caudales y todos sus trenes, sin salvar ni los equipajes, dejó sobre el campo más de 100 hombres muertos y cosa de 800 prisioneros, de los cuales cosa

de 700 eran mexicanos y el resto de extranjeros, que considerados como filibusteros fueron mandados ejecutar por el General Mariano Escobedo.<sup>1</sup>

Igual suerte corrió Don Joaquín Miramón, hermano del General Don Miguel. Este se unió á Castillo en Ojuelos; pero no siendo ya posible marchar á San Luis Potosí, emprendieron ambos su retirada á Querétaro, hostilizados por las fuerzas que Escobedo había situado para que vigilasen los movimientos del segundo de dichos jefes, y que puestas bajo las órdenes del General Don León Guzmán, la enfermedad de éste jefe hizo que pasaran al dominio del Jefe Don Anacleto Herrera y Cairo, quien, figurándose que la retirada de Castillo era una fuga, desplegó una grande actividad á fin de impedir que el enemigo llegara al punto donde se dirigía, batiéndolo decididamente.

Castillo, militar astuto y entendido comprendió el designio de su adversario, y al llegar á la hacienda de la Quemada, el 4 de Febrero, escogió un terreno ventajoso y esperó el ataque. Herrera y Cairo, cediendo á su impaciencia y extremo ardimiento, se arrojó á combatir personalmente al enemigo, y este arrojó le costó la vida, quedando triunfantes los imperialistas, sin que Escobedo, que llegó pocas horas después, hubiera podido batirlos con todas las fuerzas reunidas, lo que habría producido la inmediata ocupación de Querétaro, que Mejía no hubiera podido defender con la corta guarnición con que contaba la plaza.

Este triunfo, aunque efímero, reanimó un poco la moral de los imperialistas: Castillo y Miramón llegaron á la ciudad referida, para donde se dirigían fuerzas considerables, pues Méndez conducía una división de 4,000 hombres, y Maximiliano salió de México en la misma dirección á la cabeza de 1,600, según lo tenemos dicho.

A su vez, los republicanos, para no dejar á sus enemigos tiempo para reponerse, avanzaron unidos y compactos hacia la ciudad que bien pronto iba á ser la tumba del Imperio. Corona llegó el 20 de Febrero á Morelia, ocupada por Régules á la salida de Méndez; y encargado del mando de los ejércitos de Occidente y del Centro, marchó hacia Querétaro, habiéndose reunido con Escobedo en el pueblo

<sup>1</sup> En un capítulo anterior publicamos la orden expedida.

de Chamacuero, donde acordaron el plan de campaña que iban á poner en ejecución.

La mañana del 8, el ejército al mando de Corona se movió sobre Querétaro, y el 9 quedó establecida la línea. Colocadas las tropas convenientemente, fueron distribuídas en dos cuerpos, denominados del Norte y de Occidente, en el que quedó incorporado el del Centro.

Mandaba el primero el General Gerónimo Treviño, y estaba compuesto de dos divisiones de infantería á las órdenes de los jefes Sós-tenes Rocha y Francisco Arce. El segundo estaba al inmediato mando del General Ramón Corona, y lo formaban la división de Jalisco, cuyo jefe era el General Manuel Márquez, otra de Sinaloa, bajo las órdenes del General Félix Vega; la de Michoacán, con su ameritadí-simo jefe Nicolás Regúles, y la tercera división del cuerpo del ejército del Norte, mandada por el General Don Silvestre Aranda.

Se formaron además, una división de caballería de la cual fué nombrado jefe el General Don Amado Guadarrama, y una sección denominada "Legión del Cuartel General," que prestó importantísimos servicios durante la campaña; fué nombrado Cuartel Maestre el General Don Jesús Díaz de León, y Comandante General de artillería, el de la misma clase Francisco Paz.

Los imperialistas contaban con 9,000 hombres y una población que les era adicta, y además con jefes como Miramón, "que al valor personal y á una actividad sin límites, reunía entre sus camaradas algún prestigio ganado en sus antiguas campañas, y una audacia comparable solamente á la que en su juventud desplegó Don Antonio López de Santa Anna. Contaban al General Don Tomás Mejía, que siempre había sido el brazo fuerte del Imperio, y cuyas dotes militares y la prudencia con que sabía dirigir sus operaciones habían hecho de él un distinguido General. Contaban á Don Ramón Méndez, soldado rudo pero infatigable, aguerrido, firmemente adicto á Maximiliano, y sobre todo de un carácter durísimo hasta la crueldad. También contaban á Don Severo Castillo, de antigua fama en el ejército por su valor reposado, por sus conocimientos científicos, por el apego en la disciplina en la cual era extrema su severidad, y por su decisión para sostener la causa imperialista. Finalmente, contaban á Don Leonardo Márquez, hombre que se había hecho formidable por sus instintos feroces, por su indomable constancia en la lucha, y por ese

salvaje despecho del criminal, incapaz de encontrar consideración ni refugio, si no era en las filas imperialistas que, á última hora, necesitaban engrosarse con todo lo que el país tenía de más repugnante y sanguinario."<sup>1</sup>

En esta vez la organización de su ejército fué la siguiente:

Maximiliano, General en Jefe; Márquez, Cuartel Maestre; Miramón, jefe de la infantería; Mejía, de la caballería; Reyes, Comandante General de Ingenieros; Ramírez Arellano, Comandante General de artillería, y Méndez, jefe de la brigada de reserva. Castillo sucedió á Márquez cuando éste marchó á la Capital al desempeño de la comisión que se le confirió, según veremos después.

En cuanto á recursos, sólo se contaba con los 50,000 pesos sacados con tantos esfuerzos de la Capital, por lo que se hizo necesario recurrir á un préstamo que se hizo recaer sobre los habitantes de la ciudad.

El plan de Márquez, adoptado por Maximiliano, consistía en salir al encuentro de los republicanos y batirlos en *detall*, sin dar tiempo á que se reunieran; pero no teniendo fuerzas suficientes para dejar guardada la plaza, y deseando conservar ésta á toda costa, se aplazó la salida hasta que llegase de la Sierra el cabecilla Olvera, á quien se esperaba con su tropa.

Se pidieron con instancia auxilios á México; pero una carta de Lares fechada el 24 de Febrero y dirigida á Márquez hizo renunciar á aquella espera, pues en la dicha carta se enumeraba tal cúmulo de dificultades para hacer la remisión de lo pedido, que de verificada ésta, en los términos propuestos por el Jefe del Ministerio, la pérdida de México y Querétaro, según Márquez, era segura. A esta situación, triste y miserable, habían quedado reducidos los pomposos ofrecimientos de los conservadores, hechos á Maximiliano, quien ya miraba la serie de embustes de que se le había hecho víctima para *sacrificarlo estérilmente*.

Sin embargo, este malaventurado gobernante, cegado por un optimismo inexcusable en carta de 2 de Marzo dirigida á su Ministro Aguirre, le decía que su programa trazado en Orizaba, consistente en con-

<sup>1</sup> Juan de D. Arias. Reseña histórica del cuerpo de ejército del Norte.—Páginas 109 y 110.

vocar un Congreso que resolviese la cuestión, no había cambiado; programa absurdo, cuya sola enunciación da una idea pobrísima de la aptitud y talento del Archiduque, quien en su ofuscamiento é inexplicable alucinación, creía fácil y hacedero que el Gobierno constitucional "pusiese en duda sus títulos legales, colocándose al mismo nivel que la administración usurpadora, planteada de orden del Emperador de los franceses, sometiendo á nuevo debate las conquistas de la revolución reformista, y eso en los momentos en que la causa nacional había triunfado virtualmente del enemigo exterior y de sus traidores aliados;" pretender tal despropósito, que no se creería hubiese existido, á no comprobarlo documentos auténticos, era no sólo quimérico sino hasta ridículo.

El 4 de Marzo se dió orden para que el ejército estuviese listo, aunque sin llevar bagajes, lo que hizo creer que se iba al encuentro de los republicanos: la noche del 5 al 6 se empleó en los preparativos del combate, y cuando apareció el día, las tropas imperialistas estaban formadas en batalla, esperando la orden de marcha, que no tuvo verificativo.

El 9 celebró Maximiliano una Junta de guerra á la que asistieron Márquez, Miramón, Castillo, Mejía, Méndez, Escobar, Vidaurri y Ramírez Arellano, con el objeto de acordar lo que mejor conviniera. En ella nada se obtuvo de provecho, reduciéndose todo á reconvencciones, cargos y censuras entre Márquez y Miramón, por no haberse evitado la concentración de los republicanos alrededor de la ciudad, cargo que el segundo lanzó contra el primero, y que éste quiso destruir, alegando que "no se había cometido falta alguna contra las reglas del arte, sino que ya no era posible atacar en *detall* al enemigo cuando se había querido ir á hacerlo."

Esas recriminaciones, vertidas con acritud, casi en público, y en circunstancias tan solemnes, no eran más que la expresión de la enemistad que existía, aunque de manera sorda, entre ambos jefes, desde mucho tiempo atrás, y que sucesos posteriores no hicieron más que exacerbar, pues habiendo dado los generales imperialistas un banquete á Maximiliano, la noche del día de la llegada á Querétaro, y al que no concurrió, pretextando la fatiga del viaje, Márquez, según refiere el Dr. Basch, "pronunció un discurso fulminante, en el cual, con mal disimulado sarcasmo, quiso dar á entender al joven y teme-



GENERAL MARIANO ESCOBEDO

rario Miramón, que la presencia del Emperador venía muy oportunamente para moderar sus ímpetus. El tal discurso no era sino la manifestación de una alegría maligna por la última derrota de Miramón; al mismo tiempo trataba Márquez de hacer comprender á éste la superioridad de su actual posición sobre él, puesto que ahora le estaba subordinado quien en otra época había sido Presidente. Pálido de ira estaba Miramón, pero se contuvo, y contestó en pocas palabras con un brindis al ejército."

Ese incidente hizo más profundo el disgusto reinante, que no tardó en estallar de manera violenta, pues habiendo dado Maximiliano el mando de las tropas á Márquez, por quien manifestaba una notoria preferencia, Miramón se sintió profundamente herido en su amor propio, y en carta que por tal motivo dirigió á Maximiliano, le decía, "que por fidelidad á S. M. y por patriotismo, tomaría parte en la primera batalla que se diera á los republicanos; pero que pedía que inmediatamente después de la acción se le relevara del mando del cuerpo de ejército de infantería, pues ni sus antecedentes ni su dignidad le permitían servir á las órdenes de Márquez.

Aunque Miramón amplió los términos de su carta por medio de otra que dirigió al Archiduque, éste trató de aplacar al irritado General, que en otras circunstancias habría sido castigado severamente, con una excitativa para que no traspasara los límites de la subordinación militar, y con la declaración que le hizo de que Márquez en su carácter de Jefe del Estado Mayor, no era su superior, sino únicamente el conducto por donde recibiría las órdenes dictadas por el Soberano.

El 10, Escobedo y Corona, después de una conferencia, recorrieron el campo republicano y las posiciones del enemigo; y el 11, el primero pasó revista al ejército de operaciones, dando á reconocer á Corona como segundo en Jefe.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Habiendo tomado una participación tan directa en los sucesos de esta guerra los dos caudillos mencionados, vamos á decir unas cuantas palabras acerca de esos campeones de la causa nacional:

Escobedo nació en el pueblo de Galeana, el 12 de Febrero de 1827, y desde su juventud tomó plaza en la política, presentándose de soldado raso, el año 1847, al Comandante Martínez Salazar, para batir á los americanos del Norte.

Liberal por convicción, se levantó en armas, después, contra la dictadura de Santa Anna,